

WALKER PERCY Y EL MISTERIO DEL LENGUAJE: EL FACTOR DELTA

WALKER PERCY AND THE MYSTERY OF LANGUAGE:
THE DELTA FACTOR

Jesús MONTIEL LÓPEZ

Universidad de Granada

montiel.lopez.jesus@gmail.com

Resumen: El presente artículo pretende ser un acercamiento a la visión que Walker Percy tiene del lenguaje humano. El novelista, relegado al olvido en el ámbito hispánico, aporta una original y profunda reflexión sobre la relación denotativa y la simbolización, con el fin de dilucidar la peculiaridad del ser humano en nuestra época relativista.

Abstract: The present paper intends to approach Walker Percy's view of human language. This novelist, consigned to oblivion in the Hispanic realm, provides a deep original reflection on the denotative relations and the symbolization process in order to elucidate the features of human being in our relativistic time.

Palabras clave: Walker Percy. Literatura. Semiótica. Simbolización. Lenguaje.

Key Words: Walker Percy. Literature. Semiotic. Symbolization. Language.

1. SITUACIÓN DEL HOMBRE CONTEMPORÁNEO

Los interrogantes que figuran al comienzo de *The Message in the Bottle* expresan de manera elocuente la problemática que aborda la literatura de Walker Percy: “¿Por qué el hombre del siglo XX se siente tan triste?”, “¿por qué se siente mal en la misma era en la que, más que en ninguna otra, ha conseguido satisfacer sus necesidades y utilizar el mundo en su provecho?”, o “¿por qué, en el mismo tiempo en el que esperaba ver la paz universal y la fraternidad, ha entrado en una orgía de guerras, asesinatos, torturas y autodestrucción incomparables?” (Percy, 1995: 3-4). Toda su obra se asienta sobre esta misma observación: el hombre contemporáneo sufre y no sabe por qué.

La narrativa del siglo pasado confirma esta rara circunstancia de la que habla el escritor: novelistas como Sartre, Camus o Kafka, entre otros, idearon personajes desorientados y ebrios de extrañeza, sin un rumbo existencial definido, que reflejan el derrumbe metafísico. El escritor, de este modo, se convierte en un patólogo del alma; y la novela en una suerte de microscopio que detecta los síntomas de la extraña dolencia a la que todavía no se le ha puesto ningún nombre. Y es que los artistas, dice Percy, vienen advirtiéndolo que algo falla en el hombre, pues “en una era en la que más que en ninguna otra debiera sentirse como en casa, se siente más desamparado que nunca” (Percy, 1995: 25).

Ahora bien, ¿qué es lo que ha sucedido para que la perplejidad se adueñe del ser humano? Según Percy, nos encontramos en un cambio de época, un punto crucial de la historia donde el antiguo consenso —el acuerdo entre los hombres a la hora de comprenderse a sí mismos y de encarar la realidad circuncidante— se ha desmoronado. Hubo un tiempo en el que la literatura expresaba dicho consenso y donde el lector, comulgando el código del novelista, se identificaba con el personaje literario y con el contexto en el que éste se desenvolvía:

La literatura en los primeros tiempos puede entenderse como un intento por dramatizar conflictos y resoluciones, por articular y confirmar los valores en una sociedad en la que todavía existía un consenso sobre el significado de la vida y el mundo y el lugar que ocupaba en éste el ser humano. Dado este consenso, era posible para el novelista o el poeta crear un mundo ficticio en el que el comportamiento de los personajes era comprendido, aprobado o rechazado y el lector entretenido, edificado y, en el caso de la gran literatura, su mismo ser y su mundo confirmados e iluminados gracias al trabajo del novelista (Percy, 2000a: 207)¹.

1 Al no haber todavía una traducción al español de *The Message in the Bottle*, los fragmentos citados en el trabajo son traducciones mías (lo mismo ocurre con *Signspots in a Strange Land* o el artículo de Julia Lavid, titulado “Semiotic and Epistemology: some aspects of Walker Percy’s Theory of Language”).

La situación ahora, sin embargo, es radicalmente distinta. Con palabras de M. Kundera, hace tiempo que la única verdad «se ha descompuesto en cientos de verdades relativas» (Kundera, 2012: 17), hecho que ha tenido incuestionables consecuencias en la literatura (pensemos, por ejemplo, en la desaparición del narrador omnisciente o la emancipación del personaje literario, además de otros cambios estructurales que han dado lugar a la novela moderna que Cervantes inició con su famoso hidalgo)².

Precisamente los personajes de las novelas de Walker Percy son este hombre atribulado que bracea en las sombras en busca de significado³. Todos ellos son ciudadanos que gozan de una buena situación económica, y que sin embargo sufren desórdenes psicológicos que manifiestan, a lo largo de la trama, que algo malo les sucede: el doctor Tomas More, por ejemplo, es alcohólico y sufre terrores matutinos; el joven Will Barrett, amnésico, padece una profunda despersonalización y vive traumatizado por el suicidio de su padre; y Lancelot Lamar se encuentra preso en un Centro de Comportamientos Aberrantes tras haber quemado su hogar con su mujer y su hija dentro. Los personajes de Percy, en definitiva, son el hombre incomunicado, incapaz de escapar de su ensimismamiento, que vive angustiado en el mejor de los mundos posibles.

Abolidas las antiguas creencias, no obstante, el hombre tiene la posibilidad de partir desde cero para redescubrir su verdadera naturaleza. En esta circunstancia dramática en la que no existe ninguna teoría que lo explique en el mundo, urge descubrir la singularidad del ser humano, su rasgo distintivo, y el lenguaje será precisamente el punto de partida que escoge Walker Percy con este cometido:

Solo hay un lugar donde empezar: allí donde la singularidad del hombre está puesta para que todos la vean y no se pueda cuestionarla, incluso en una nueva era en la que todo lo demás se pone en tela de juicio. Esta singularidad es el lenguaje (Percy, 1995: 7).

2. CIENCIA Y CIENTIFICISMO

Para comprender la posición de Walker Percy respecto al lenguaje humano, es necesario distinguir primero “ciencia” de “cientificismo”. El autor deja claro una y otra vez que no tiene nada en contra de la ciencia siempre que ésta sea entendida en su acepción

2 Ernesto Sabato, reflexionando en *El escritor y sus fantasmas* (Sabato, 2004: 20) dice lo siguiente sobre la novela moderna: “La novela de hoy se propone fundamentalmente una indagación del hombre, y para lograrlo el escritor debe recurrir a todos los instrumentos que se lo permitan, sin que le preocupen la coherencia y la unicidad, empleando a veces un microscopio y otras veces un aeroplano”.

3 Véase, por ejemplo, mis trabajos: *Los personajes de Walker Percy: peregrinaje o viaje existencial* (Montiel, 2013a: 72-74) y Montiel (2013b).

original, esto es, conocer algo que puede ser demostrado y verificado dentro de una comunidad.

La ciencia, por lo tanto, es una herramienta válida a la hora de explicar fenómenos físicos como un amanecer o el comportamiento de las ratas; pero en cuanto intenta explicar al hombre en su totalidad, al *hombre qua hombre*, fracasa escandalosamente y acaba reduciéndolo a una ameba o a un primate evolucionado. Esto es precisamente el cientificismo: la pretensión de explicarlo todo —incluido al ser humano— mediante el modelo experimental. Y es que en los últimos tiempos, dice Percy, los científicos, en nombre de la ciencia, intentan abarcar la totalidad del hombre. Así, en este nuevo contexto en el que no existe una teoría válida acerca de la naturaleza humana, el cientificismo irrumpe con fuerza impregnando nuestra visión del hombre y del mundo. Esta visión, no obstante, es radicalmente incoherente. La ciencia triunfa mientras intenta explicar los organismos infrahumanos o los fenómenos cósmicos, pero fracasa en cuanto intenta comprender al ser humano. Las palabras de Joseph Pearce en su libro sobre Schumacher expresan el mismo planteamiento:

Puesto que la ciencia solo puede proporcionar conocimiento y no sabiduría, no puede producir ideas o valores con los que vivir. No puede encontrar la causa de este sentimiento de extrañeza, el sentimiento de que la vida es algo vacío, insignificante y carente de sentido. Solo puede enseñarnos cómo funcionan las cosas, no por qué están o por qué son así (Pearce, 2001: 226).

El mismo Percy, durante sus años como estudiante de medicina, confiesa que era un devoto de la ciencia que leía entusiasmado a H. G. Wells y que pensaba que “todos los acontecimientos del cosmos, incluso de la historia humana, podían explicarse mediante las ciencias naturales” (Percy, 2000a: 191). No obstante, durante su convalecencia en un sanatorio de Nueva York, cuando enferma de tuberculosis, explica Percy, experimenta personalmente el fracaso de la ciencia a la hora de abordar el sufrimiento humano. Cae en la cuenta de que la ciencia no tiene explicaciones para cuestiones más perentorias como la alienación del hombre contemporáneo:

Después de doce años de educación científica, sentí algo parecido a lo que sintió el filósofo danés Kierkegaard cuando terminó de leer a Hegel. Hegel, dijo Kierkegaard, explicó todo lo que hay bajo el sol excepto un pequeño detalle: lo que significa ser un hombre que vive en el mundo y que debe morir (Percy, 2000a: 188).

Y es que el hombre, dice Percy, al contrario de lo que predica el cientificismo, no es un organismo cualquiera. Un gato es cien por cien gato siempre que tenga todas sus necesidades satisfechas, pero un ciudadano bien posicionado, ¿por qué se siente incompleto en el mundo del bienestar?

3. EL FACTOR DELTA O EL HOMBRE COMO CRIATURA SIMBÓLICA

Esta misma perspectiva científicista, insuficiente según Percy para explicar al hombre, es la que predomina en el estudio del lenguaje. Disciplinas que se originan a partir de F. de Saussure —lingüística, semiótica, semántica, entre otras— encaran el fenómeno del lenguaje desde una perspectiva puramente mecanicista o descriptiva. Así, dice Percy, si le preguntásemos a cualquier estudioso qué sucede durante el habla, respondería más o menos del modo siguiente:

Cuando digo una palabra o una frase y tú me entiendes, emito una serie de sonidos particulares con la esperanza de transmitirte lo que estoy pensando. Los sonidos abandonan mi boca y viajan por el aire en forma de ondas. Estas ondas golpean la membrana del tímpano de tu oído externo y el movimiento de la membrana llega hasta tu oído interno, donde se transforma en impulsos eléctricos en el nervio auditivo. Este impulso nervioso es transmitido a tu cerebro, donde tienen lugar una serie de complejos fenómenos cuyo resultado es que tú comprendas las palabras, es decir, que respondas del modo en que espero o bien que despierten en ti la misma idea o expectación o miedo que tengo en mente. Tu comprensión de mis sonidos depende, por una parte, de que me hayas escuchado antes; y por otra, de que usemos el mismo lenguaje. Como resultado de haber escuchado la palabra pelota en asociación con el objeto pelota, ocurre un cambio en tu cerebro de modo que cuando digo pelota tú comprendes que digo pelota (Percy, 1995: 150-151).

Esta explicación, sin embargo, no logra captar la esencia del lenguaje humano. El modelo diádico estímulo-respuesta puede explicar una puesta de sol, la colisión entre galaxias, el impacto de las bolas de billar, el comportamiento animal o el pánico frente a un peligro concreto; pero el lenguaje no puede comprenderse de la misma manera. Para llegar a su esencia, dice Percy, ha de emplearse una nueva terminología que no sea la del lenguaje científico, atrapado en el dualismo que domina la esfera intelectual desde el filósofo Descartes:

El hombre cartesiano consiste en una mente habitando un cuerpo, sin que ninguno de los dos componentes sepa qué hacer con el otro. El dualismo cartesiano dice que el hombre es en parte bestia, en parte ángel, abriendo el camino para que los científicos piensen el hombre no como un todo sagrado, sino como una entidad divina que puede explicarse de la misma forma que el mundo físico (Sitman y Smith, 2007: 18).

El mundo occidental, desde la escisión cartesiana, afronta la problemática del hombre partiendo de un dualismo fatal que engendra, según Percy, los males que asolan nuestra visión fragmentada de la realidad. Dicho de otro modo:

El hombre, partiendo del dualismo iniciado por Descartes, ha asumido la escisión cuerpo y alma, carne y espíritu, mente y materia, física y psicología. El científico pensará al hombre como una rata o un chimpancé, como un organismo, como un sistema biológico, si ha dedicado su vida intelectual a la tradición científica (Percy, 2000: 111).

Para Percy, finalmente, este planteamiento cientificista —aun reconociendo sus logros y aciertos— es insuficiente a la hora de encarar el lenguaje. Por ello, partiendo de Charles Peirce, padre de la semiótica, nuestro autor afronta el lenguaje no desde una perspectiva estrictamente lingüística o conductista; porque el lenguaje, dice, no es fin en sí mismo, sino un medio para redescubrir al hombre en una época en la que no existe ninguna teoría que lo explique.

En “The Delta Factor”, Walker Percy se mete en la piel de un marciano que visita la Tierra por primera vez. “Solo un marciano —dice— puede observar al hombre, porque el hombre es demasiado cercano a sí mismo y su visión es parcial” (Percy, 1995: 11). El extraterrestre, tras un exhaustivo escrutinio, cae en la cuenta de que lo que de verdad distingue al ser humano del resto de organismos terrestres es que no para de hablar; trafica continuamente con significados mientras ve la tele, lee o escribe o conversa; de ahí que afirme en uno de sus artículos que más que *homo sapiens*, debiera llamarse *homo loquens*.

El lenguaje humano, además, es distinto de las otras formas de comunicación animales. Si bien es cierto que las abejas, por ejemplo, comunican la distancia del alimento mediante la danza, su comunicación es radicalmente distinta a la del ser humano. Para comprender esta diferencia entre el lenguaje animal y el del ser humano hay que distinguir primero el *signo* del *símbolo*, esto es, el fenómeno diádico (estímulo-respuesta), con el que se puede explicar la totalidad del cosmos, y el triádico, algo totalmente nuevo en la historia del planeta:

La palabra pelota es un signo para mi perro y un símbolo para ti. Si a mi perro le digo pelota responderá como un buen organismo y la buscará bajo el sofá para traérmela; pero si te lo digo a ti me mirarás y, si eres paciente, finalmente dirás: ¿qué pasa con la pelota? El perro responde a la palabra buscando la cosa, tú concibes la cosa a través de la pelota (Percy, 1995: 154).

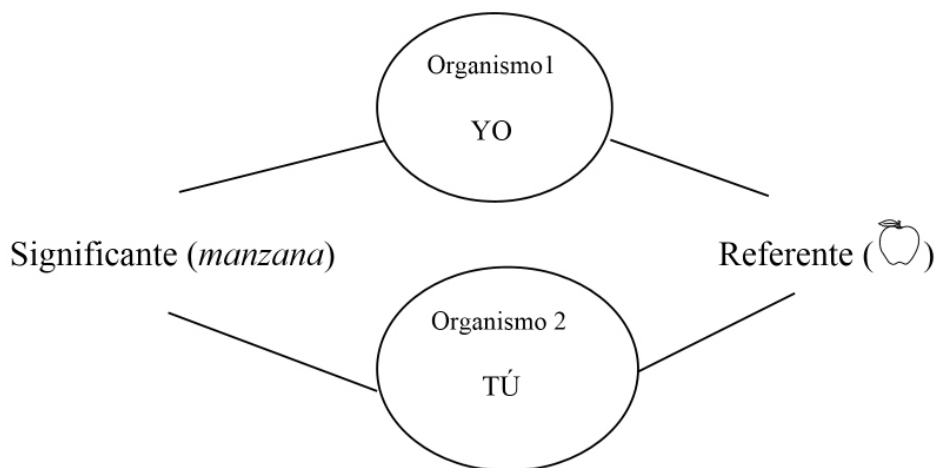
Tomando como punto de partida a Peirce, entonces, Percy distingue dos tipos de sucesos naturales: los diádicos y los triádicos. “Los diádicos son el tradicional objeto de estudio de las ciencias físicas y biológicas: A interactuando con B; A, B, C, D interactuando entre sí” (Baños y Lotsao, 1996: 1145). No obstante, el lenguaje humano es algo distinto que no puede explicarse mediante dicho modelo. Su singularidad puede observarse en el simple hecho de nombrar. Nombrar es un suceso totalmente nuevo, sin precedentes, que no puede comprenderse mediante la interacción diádica.

Un símbolo, para Percy, no es una clase de signo. Cuando un interlocutor B comprende las palabras de A, no solo sucede lo que afirman los lingüistas (esto es, que se producen una serie de sucesos espacio-temporales: cuerdas vocales vibrando, sonidos que viajan por el aire en forma de ondas sonoras e impulsos nerviosos). Con el símbolo, argumenta Percy, sucede algo más: la palabra se transforma en aquello que significa (*in alio esse*, decían ya los escolásticos). De hecho, la palabra griega *syballein* significa “lanzar juntos” (la palabra y la cosa). Para Percy, además, el problema que Platón plantea en *Crátilo* (la relación entre las dos caras del signo lingüístico: significante y significado) se resuelve del mismo modo que para Saussure: la relación, según él, es convencional y arbitraria. Lo que ocurre es que cuando simbolizamos, el símbolo se apropia de lo que significa, de ahí la sensación de semejanza, que “se debe al proceso de interpretación de ambos constituyentes del signo lingüístico, de tal forma que el significante se convierte en el significado” (Lavid, 1987: 349).

La relación denotativa, por tanto, es diferente a la que se da entre el signo y su respuesta. Los tres elementos del triángulo semiótico –significado, significante e interpretante– se funden, son irreductibles, y este hecho tan familiar tiene enormes repercusiones en nuestra visión del hombre. Un niño, cuando dice *mesa*, consigue saldar la brecha cartesiana (Descartes, con la famosa dicotomía *res cogitans-res extensa*, divide el mundo en materia y pensamiento, división que según el escritor norteamericano ha tenido consecuencias desastrosas en el pensamiento occidental), porque al decir *mesa* consigue unir la cosa material con la idea; de ahí que Percy lo llame *emparejador*. El lenguaje, por tanto, no es solo la adaptación del hombre al entorno. La cópula *es*, dice Percy, es la minúscula palanca que pone el mundo entero a nuestro alcance. “Así, contra la marea de la psicología conductista, Percy insiste en que esta tríada del organismo es irreductible; el lenguaje humano es simplemente una clase de fenómeno diferente” (Sitman y Smith, 2007: 19).

Pero esta propiedad del lenguaje humano tiene más consecuencias. El suceso triádico es además social en su origen. Para explicar la relación que se establece entre el emisor, el receptor, y la cosa nombrada, Percy recurre a los términos *intersubjetividad* (yo-tú) y *despersonalización* (yo-ello), tomados del filósofo G. Marcel⁴:

4 Según Marcel, la *intersubjetividad* puede entenderse como la relación íntima y subjetiva entre dos personas (Marcel, 1965: 191). Para este filósofo el hombre es un ser dependiente de los otros. el amor tiene así una dimensión escatológica, transcendental. Además de S. Kierkegaard, G. Marcel ejerció una



Esta es, según Percy, la estructura del proceso simbólico, una estructura distinta del triángulo semiótico, donde eran tres los elementos participantes y la relación entre ellos respondía al modelo estímulo-respuesta. No obstante, cuando el signo se convierte en símbolo ocurre algo distinto. El proceso simbólico añade un cuarto elemento, un segundo organismo (el que nombra o *nombrador*) y crea una serie de relaciones en las que hay un Tú, una segunda persona que se requiere “no solo como elemento genético del aprendizaje de una lengua, sino también como un elemento indispensable y fijo en el comportamiento simbólico” (Percy, 1995: 200). Aparece, de este modo, dos tríadas unidas. Incluso Robinson Crusoe en su isla, afirma Percy, está realizando un acto intersubjetivo escribiendo su diario. Con esta nueva relación ya no hay dos organismos que responden el uno al otro, sino alguien que nombra y alguien que escucha, un Yo y un Tú que nombran el mundo para que exista creando la comunión:

Toda simbolización –nombrar, formular una hipótesis, crear un verso, incluso pensar, implica al otro como cocelebrante, un cocelebrante de la cosa simbolizada. La simbolización es un ejercicio de intersubjetividad (Percy, 1995: 257).

¿Cómo llamar a este fenómeno sin precedentes en la Historia?, se pregunta Percy. ¿Tríada? ¿Triángulo?

influencia notable en Walker Percy, sobre todo en su visión del hombre como *Homo Viator* o peregrino, ser en movimiento hacia el Tú.

Tal vez, puesto que la letra grieta DELTA significa irreductibilidad, "Fenómeno Delta". Alfa era el comienzo, omega el final, pero hay algo en medio, unos cinco millones antes del Alfa y x antes de Omega, que ocurrió por primera vez: Delta (Percy, 1995: 46).

4. CONCLUSIONES

Para Walker Percy, finalmente, nombrar es un acontecimiento nuevo, un hecho sin precedentes en la historia que puede servir como punto de partida para una nueva teoría del hombre en una era en la que —fracasados los antiguos consensos— no existe ninguna. El hombre, esa extraña criatura que no deja de hablar, no solo es un organismo en un ambiente, como las demás criaturas. "Tiene un mundo. Su mundo es la totalidad de aquello que nombra, y eso es diferente de un ambiente" (Percy, 2000b: 96). Nombrar es un acontecimiento nuevo imposible de explicarse mediante el modelo estímulo-respuesta.

La singularidad del lenguaje humano, finalmente, nos enfrenta a la naturaleza del hombre. Lo que le interesa a Percy, por tanto, no es la descripción de cómo se produce el habla (los estudiosos del lenguaje desatienden así su verdadera esencia); sino que afirma que un estudio serio sobre el mismo nos ayudará a comprender al ser humano en una época en la que estamos perdidos:

La importancia que tiene el estudio del lenguaje, como opuesto al estudio científico de un accidente espacio-temporal como puede ser un eclipse solar o el comportamiento de una rata, es que tan pronto como uno rasca la superficie de lo familiar y se enfrenta a la naturaleza del lenguaje, uno también se enfrenta a la naturaleza del hombre (Percy, 1995: 150).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- KUNDERA, M. (2012). *El arte de la novela*. Madrid: Tusquets.
- LAVID, J. (1987). "Semiotic and Epistemology: some aspects of Walker Percy's Theory of Language". *Atlantis* 9 (1-2), 137-142.
- _____. (1988). "La metáfora como error: un aspecto cognitivo de la Teoría Semiótica de Walker Percy". *Revista Española de Lingüística* 18 (2), 347-356.
- MARCEL, G. (1965). *Mystery of Being*, vol. II. Chicago: Henry Regener & Co.
- MONTIEL, J. (2013a). *Los personajes de Walker Percy: peregrinaje o viaje existencial*, Madrid: Universidad Complutense, Facultad de Ciencias de la Información, Tesis Doctoral, Departamento de Filología Española III, leída el 09-07-2013.

- _____ (2013b). "La novela como diagnóstico", Pablo Luque Pinilla (dir.). *Ibi Occulus* 6 (<http://www.ediciones-encuentro.es/ibioculus2/numero-06/el-banquete>).
- PEARCE, J. (2001). *Small is Still Beautiful*. London: HaperCollins Publishers.
- PERCY, W. (1995). *The Message in the Bottle*. New York: Farrar, Straus and Giroux.
- _____ (1996). "La criatura dividida" (traducción de María José Baños y Eduardo Lotsao). *Anuario Filosófico* 29, 1135-1157
- _____ (2000a). *Signposts in a Strange Land*. New York: Farrar, Straus and Giroux.
- _____ (2000b). *Lost in the Cosmos*. New York: Farrar, Straus and Giroux.
- SÁBATO, E. (2004). *El escritor y sus fantasmas*. Barcelona: Seix Barral.
- SITMAN M. & SMITH B. (2007). "The Rift in the Modern Mind: Tocqueville and Percy on the Rise of the Cartesian Self". *Perspectives on Political Science* 36, 1 (winter 2007), 15-21.

Recibido el 8 de enero de 2015.

Aceptado el 30 de septiembre de 2015.